



Por Manuel Montecinos C.

Es bien conocida la afirmación de don Marcelino Menéndez y Pelayo -cúspide de la erudición literaria española- en el sentido de que Chile no era tierra de poetas sino de historiadores. Claro que la formuló en el siglo pasado. El tiempo se encargó de desmentir al ilustre polígrafo. Como bien es sabido, en el presente siglo, diríamos parafraseando a Cervantes, que Chile se alzó con la monarquía poética, y no sólo en América sino en el ámbito hispánico, sin desconocer, por supuesto, el genuino valor de muchos poetas hispanoamericanos y españoles. Junto a los tres nombres grandes -Mistral, Neruda y Huidobro-, tenemos varios otros poetas meritorios, a los cuales los nombrados les hacen sombra y por eso se han ido desdibujando y, hasta en cierto modo, cayendo en el olvido. Pero hay algo más. Esos tres grandes poetas nuestros no surgieron de improviso ni menos aisladamente. Podríamos afirmar, sin menoscabo alguno de su talento, que ellos comenzaron a transitar por una senda ya preparada por otros. En efecto, entre los años 1915 y 1925, a la par de lo que ocurría en el terreno político-social, se produjo en nuestro país un cambio notable en el campo estético-literario. Comienzan a publicarse obras firmadas por escritores jóvenes, especialmente poetas, que sorprenden ya sea por su per-

fección estilística o su audacia innovadora. Es en esos años cuando salen a la luz pública nombres que, con el tiempo, serán famosos y algunos trascenderán las fronteras de este país situado en un rincón extremo del mundo. Citemos algunos: Pedro Prado, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Juan Guzmán Cruchaga, Angel Cruchaga Santa María (primo del anterior), Vicente Huidobro y varios más.

Uno de los más innovadores y sorprendentes fue Angel Cruchaga, un hombre que pasó por este mundo en forma silenciosa, a pesar de lo cual fue muy estimado y respetado por sus colegas. Sin duda dejó una obra valiosa, la cual ayuda bastante a conocer la evolución de nuestra poesía, el mayor aporte artístico de Chile a la cultura universal.

UNA VIDA SOSEGADA

A menudo a los grandes poetas y los artistas en general -y también los no tan grandes y aún los pequeños- les gusta figurar en primer plano. En cada circunstancia, se sitúan en el centro y siempre se las arreglan, por medios lícitos o no tan lícitos, para que la gente, especialmente la del mundillo artístico, hable de ellos. Curiosamente el poeta que nos ocupará esta vez nunca buscó la notoriedad. Prefirió el silencio, la meditación en la soledad de sus habitacio-

Angel Cruchaga

nes. Sólo allí encontraba el espacio adecuado para su quehacer poético. Por eso su biografía externa es mínima, casi sin interés anecdótico. Esto no quiere decir que fuera un hombre retraído y misántropo. No, él fundó revistas, participó en agrupaciones de escritores, pero siempre en forma mesurada, sin estridencias. Por eso, uno de sus amigos escribió una vez: "alegra ver tanta luz o tanto fuego de adentro surgiendo hacia un ámbito tan poblado de significaciones celestes" (Juvencio Valle). Es que nuestro poeta vivía intensamente hacia adentro. Su verdadero universo era su mundo interior.

Angel Cruchaga Santa María nació en Santiago en 1893. Estudió en el colegio de los SS.CC. Al revés de lo ocurrido con otros intelectuales egresados de colegios congregacionistas, él nunca abjuró de su fe religiosa y casi en toda su obra está latente la presencia de Dios.

En 1912, en compañía de Vicente Huidobro, fundó la revista "Musa joven". Pese a su nombre, ellos publicaron artículos de escritores de bastante disímiles orientaciones literarias, vanguardistas unos, tradicionalistas otros: Juan Guzmán Cruchaga, Jorge Hübner Bezanilla, Mariano Latorre, etc. También Cruchaga fue asiduo colaborador de otras revistas y diarios de la época: "Zig-Zag", "La Unión", de Valparaíso; "La Discusión", de Chillán; "Caras y Caretas", de Buenos Aires. Simultáneamente fue funcionario en diversas reparticiones fiscales. Una vez jubilado, trabajó en la Casa de la Cultura de Ñuñoa, donde se demostró muy activo.

Vivió un buen tiempo en Argentina (1919), país en el que publicó uno de sus libros. También visitó China (1958) y algunos países europeos.

En lo gremial, fue presidente de la Alianza de Intelectuales de Chile.

Muchos escritores lo recuerdan con gratitud porque los guió y estimuló cuando iniciaban sus carreras literarias y a varios de ellos les prolongó sus obras primigenias.

Este hombre tan entregado a su trabajo creador y tan ajeno a las estridencias, falleció el año 1964.

EL POETA INNOVADOR

En uno de nuestros artículos de esta serie, hicimos la distinción entre un gran poeta y un buen poeta. Pues bien, Angel Cruchaga fue un buen poeta. Según el profesor Scarpa -nuestro recordado maestro en el I.

Pedagógico- Cruchaga no fue un vate de gran profundidad ni un genio superior; pero sí fue un artista de fina sensibilidad, de gusto aristocrático y refinado.

En la actuación y en la obra de este poeta hay dos rasgos destacables: su apertura hacia las nuevas formas poéticas emergentes en aquellos años y su claro sentido religioso, el cual es evidente en algunas de sus obras, el mismo que no abunda entre nuestros poetas.

Cruchaga, en cierto modo, fue heredero de los parnasianos y simbolistas; más, los críticos coinciden en considerarlo uno de los iniciadores del vanguardismo en Chile, más que nada, por su novedoso manejo de las imágenes y metáforas. A medida que fue publicando sus obras, fue acentuándose el carácter personal e innovador de su poesía, una poesía distinta a la cultivada hasta entonces. Como anota Hernán del Solar: "Nuevo acento, imágenes diferentes, un vocabulario distinto, porque ahora la poesía incursiona por regiones tan íntimas que el mundo cotidiano, la realidad de cada día aparecen envueltos en una luz y una sombra que a algunos desconcierta y a otros apasiona". Más adelante esbozaremos algunas características de este nuevo arte de hacer poesía.

El otro aspecto interesante que hallamos en su creación es su sentimiento religioso, al cual ya hemos aludido. No podríamos afirmar si él es absolutamente ortodoxo o no; sólo advertimos que, de un modo u otro, él está presente a menudo en sus versos. En su primer libro, "Las manos juntas" (1915) ya es fácilmente perceptible. Se acentúa aún más en la que algunos consideran su mejor obra: "Job" (1922). Allí están nítidos como motivos predominantes el dolor y la miseria del hombre, cuya única salida es la esperanza basada en la fe. Igualmente tránsito de religiosidad es su poemario en prosa "Los Cirios". Veamos el comienzo de su poema "La Oración del Ciego".

"¡Hazme, como el ciego, mi Señor! No ve los panoramas del mundo; pero adentro de su reino reconstituye, inmenso y radioso, sin que nada te robe la gracia pertinaz.

"Hazme como el ciego, atenta la palabra para alabarte, armonioso el espíritu para bañarse en tu imagen inmóvil.

"No ve los montes ni las selvas, y no sufre, porque ellos respiran en tu nimbo y en él caben el mundo y los cielos combados. El ciego puede verte y en Ti toda la creación canta a la luz".

Santa María y la voz del mar

Poco podemos agregar a estas palabras tan sentidas, tan plenas de fe y devoción. Lo que en su primer libro -"Las manos juntas"- parece más una actitud, la actitud del que reza, ahora es el anhelo ferviente de conversar con Dios. El hablante lírico quiere ser ciego al mundo exterior para buscar al Señor en la hondura de su propia alma. En la inspiración poética, en el instante supremo de la creación, el poeta se olvida del mundo, como dice el gran clásico fray Luis de León, "ningún accidente extraño o peregrino oye o siente". (Oda a Salinas).

Por esto mismo, algunos calificaron de místico a Cruchaga. No exageremos la nota. El fue un poeta religioso sin duda, pero no un místico. Quien conozca la gran poesía mística española convendrá con nosotros en que nuestro poeta no se aproxima siquiera a la excelencia, al arte inefable, de un San Juan de la Cruz, tan santo y tan poeta y, por lo mismo, tan admirado por S.S. Juan Pablo II. Como este problema es muy complejo, es mejor que lo dejemos hasta aquí.

Angel Cruchaga publicó, en total, doce libros, la mayoría de ellos de poemas en verso o en prosa. Con respecto a esto último, debemos decir que es considerado el iniciador de esta última forma de composición poética, junto con Pedro Prado, su compañero de generación y autor del hermoso libro "Los pájaros errantes".

Debemos consignar asimismo un hecho muy sugestivo. En 1933, Cruchaga publicó un estudio sobre la poesía de Pablo Neruda cuando éste no había alcanzado aún una gran fama. Neruda, a su vez, en 1946, publicó una Antología de Angel Cruchaga con un prólogo muy interesante, lo que demuestra cierta afinidad entre ambos poetas.

Por último diremos que Cruchaga tuvo la satisfacción de ver reconocida la calidad de su creación poética. La Sociedad de Escritores, en 1939, le premió su libro "Paso de sombra". Luego el poeta obtuvo otros dos galardones muy importantes: el Premio Municipal de Santiago en 1940 y el Premio Nacional en 1948.

EL POETA Y EL MAR

Se ha dicho, y nosotros lo hemos reiterado aquí, que Angel Cruchaga fue un poeta intimista. Sus motivos de inspiración los halla más en su introspección que en la contemplación del mundo exterior. Pero esto de ningún modo, es algo excluyente. El poeta también le cantó a ciertas realidades del mundo exterior. Desde luego, al igual

que muchos otros, le cantó al mar, o dicho de otro modo, el mar es uno de los motivos apreciables en su lírica, si bien no muy frecuente.

En su libro "Rostro de Chile", como su título lo indica, el poeta nos da su visión de algunos aspectos de la realidad chilena. A manera de ejemplo, reproduciremos dos fragmentos de su poema "Puerto de Valparaíso".

*Valparaíso, umbral de la casa materna
que bajas de la cima de cerros escarpados,
tus navíos que viven en despedida eterna
te besan con el signo de todos los mercados.
Valparaíso, delta en que vierten las granjas,
sus frutos que la miel derrama por los mares
en una epifanía de radios naranjas
y de uvas que la luz no vació en los lagares.
Valparaíso, emporio del mar, ventana erguida
para que vuele el sueño que un horóscopo ordena
y en donde la aventura prende un sol en la vida
con su abrazo de adiós y su mano de arena.
Valparaíso, el agua busca tu pecho y moja
el ruedo secular de tu grácil vestido
cuando en el otoño la lluvia te deshoja
y eres un caracol que perdió su latido.*

Es fácil advertir la riqueza de imágenes evocadoras de todo aquello que es tan característico de nuestro primer puerto: el hogar que aguarda al navegante, la partida y llegada de los barcos, el ser puerta de salida de los frutos de la tierra. Más, también la fantasía del poeta parece lanzarse hacia lo vagamente misterioso.

Igualmente sugestivo -y quizás más- es un poema dedicado al mar austral, tantas veces mencionado y aludido por otros escritores. Veamos lo que nos dice en estos fragmentos del poema "Pacífico del Sur".

*Océano que viene desde el norte
hasta las islas que en el sur estiran
los hombros y la lluvia de sus montes,
allí donde la noche de los indios
vive en la flecha, el pájaro y el fuego.
Océano del sur, bosque tendido,
soplo que quiere desquiciar el mundo
y socavar la quilla del planeta.
Llevas al barco cuyo brillo alumbraba
la gris fisonomía de los puertos.
Océano del sur, prado del día
preso en la malla de los meridianos
allá en las islas hondas de la lluvia
en los canales en sus pobres barcas
hacia la soledad bogan los indios,
alacalufes y ónas perseguidos*

*que en la mirada de los hijos besan
la Cruz del Sur como un dorado junco.
Océanos que ondulan, danzarina
de plata y de rumor engalanada.
Desde las orillas de la tierra
hasta tu corazón respira el hombre
y a ti llevan los ríos un sollozo
como al morir el jefe de una tribu.*

Si nos detenemos en cada uno de estos versos aparentemente sin ligazones gramaticales, advertiremos figuras literarias de gran significación, aunque a primera vista nos parezcan un poco herméticas o sin sentido. Eso se debe a que el lenguaje poético contemporáneo carece de la lógica a que nos tenía acostumbrados la poesía tradicional. Además, ahora las comparaciones y metáforas no tienen una base de similitud física, sino que a menudo se basan en similitudes irracionales o impresionistas, por así decirlo. Por ejemplo, el poeta nos dice que "las islas nos estiran los hombros y la lluvia de sus montes". Podríamos interpretar estos versos diciendo que el mar llega hasta esas islas rocosas que se alzan como los hombros de seres gigantes que dejan resbalar los abundantes chorros de lluvia. Claro que muchas veces un verso admite distintas interpretaciones; incluso hay oportunidades en que ni el mismo poeta tiene una noción clara de lo que quiso expresar. Eso es justamente lo que desconcierta al lector profano.

Uno de los poemas más conocidos entre los escritos por nuestro poeta es el titulado "Amor junto al mar". Inolvidable es su estrofa inicial:

*"En mi silencio azul lleno de barcos
sólo tu rostro vive.
En el mar de la tarde el día duerme.
Eres más bella cuando estoy más triste..."*

¡Qué finura, qué delicadeza para expresar el amor vivido a orillas del mar en una tarde serena! Pero luego el poema se torna dolorosamente melancólico porque ese amor se transforma en un recuerdo perdido en el pasado.

Cuando en nuestra juventud comenzamos a leer a los grandes poetas, a veces nos topamos con poemas que quedaron para siempre grabados en nuestra memoria y en nuestro corazón y, mientras más los leemos, más nos conmueven porque son insondables, es decir, su sentido es profundo, asombrosamente profundo. En nuestro caso podríamos citar muchos ejemplos de poe-

mas inolvidables. Esta vez recordaremos uno: "El canto de los mares solos", de Angel Cruchaga Santa María. Es quizás uno de los mejores de toda su producción, ya que ha sido escogido para innumerables antologías. Muy a nuestro pesar reproduciremos sólo las dos estrofas iniciales y las dos finales.

*Somos la remembranza de la tierra vencida.
Necesitaba Dios nuestro vaivén profundo
que era ritmo en sus venas y en su carne florida
la invencible y eterna melodía del mundo.
¡Nuestro vigor es fuerza de estrellas y raíces!
¡Los árboles nos dieron sus moribundos bríos!
Soñamos en las claras y enormes cicatrices
que abrían las soberbias quillas de los navíos.
Sabemos donde estaban las estrellas, sus rastros
quedaron en nosotros. Con dulzura de abuelo
iremos sobre el agua colocando los astros
que desprendió Jesús con su mano del cielo.
Seremos un vigor enorme y tenebroso.
En nuestras olas vibran inmortales tormentos,
la voz de Cristo rueda semejando un sollozo
lanzando de la cruz hacia los cuatro vientos.*

Sin duda hay aquí una vaga remembranza bíblica del Génesis y el Apocalipsis, pues se alude al nacimiento del universo, cuando "el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas" (Génesis I-2) y después se pasa a la consumación de los tiempos, cuando ya nada permanezca, salvo el mar y, por supuesto, su Creador.

En otros poemas, también el hablante lírico expresa su sed de eternidad, pues siente que el universo lo rodea y lo conmueve hasta las raíces.

*"Es mi corazón como una cúpula
llena de cantos. Hacia él suspiran
los mares y los ríos de este mundo..."
(Cúpula)*

Al repasar estas dos últimas composiciones, encontramos acertada la exégesis de Juan Villegas, quien escribe lo siguiente: "El espíritu del poeta penetra en la ultratumba y escucha el llamado de la tierra que lo induce a vivir en la voz de la montaña, en el mar y en el hijo que va a nacer".

Al leer a este notable poeta nuestro se confirma lo dicho anteriormente acerca de la presencia del mar en la poesía chilena. Estos soñadores sempiternos son, quizás, los que han comprendido mejor -junto con los marinos y los pescadores- la importancia que ha tenido y tiene nuestro mar.